

**A MARINA QUE, CANSADA DE TANTAS PALABRAS HUMANAS,  
QUIERE GUIARSE POR LA PALABRA DE DIOS**

Querida Marina:

*“Las palabras de los hombres son palabras y palabras”*. Lo hemos cantado muchas veces en la parroquia. Y lo sufrimos cada vez que examinamos nuestra realidad. ¡Cuántas palabras de unos y de otros! De momento todas nos parecen verdaderas, pero luego no sabemos dónde está la verdad. Parece que todo el mundo tiene razón, sin embargo la verdad, poco a poco, se va difuminando. Y tenemos el peligro al fin de no creer a nadie.

Te has preguntado si no es esta buena ocasión para ir al grano, es decir, para ir en busca de la Palabra, la definitiva, la Palabra de la Verdad. Me decías que te impresiona aquella frase de Jesús: *“El cielo y la tierra pasarán, pero mis Palabras no pasarán”*. ¿Por qué no buscar afanosamente esa Palabra? ¿No sería esta una jugada inteligente?

Yo creo que sí, Marina, que este es el tiempo oportuno para saber reconocer la Palabra de Dios en medio de tantas palabras humanas.

Te voy a decir, según me parece, cómo puedes encontrar esta Palabra que, aunque su forma es compleja, su fondo es pura claridad.

1 – La NATURALEZA es la Palabra primera que Dios pronuncia. *“No gritéis tanto”* decía San Francisco a las flores. Si fuéramos capaces de contemplar la creación aprenderíamos las primeras letras del lenguaje divino.

2 – Los SIGNOS DE LOS TIEMPOS son también Palabra de Dios. Juan XXIII solía escuchar este modo misterioso por el que Dios nos habla. *“Tu Palabra es susurro y no oímos”*. Esta es una Palabra tan suave que nos pasa desapercibida. Los acontecimientos humanos, prósperos o adversos, no son gratuitos. Todos ellos llevan una carga de providencia que hemos de saber leer. Detrás de todo lo que pasa, Dios nos está hablando.

3 – La PERSONA HUMANA con sus posibilidades y deficiencias es también manifestación de la Palabra. Contemplando sinceramente mis cualidades y defectos puedo entender de verdad qué quiere Dios de mí. Me habla con la Palabra de mi mismo ser. Por esto, en el fondo de mi persona es donde mejor puedo escuchar la Palabra que Dios proclama para mi vida personal. Leerme, examinarme, conocerme es escuchar a Dios.

4 – La SOLEDAD y el SILENCIO. Los grandes profetas, y el mismo Jesús, fueron al desierto para sintonizar con la Palabra del Padre. Dios habló a nuestros antepasados *“en el monte”*. Este ejercicio de vacío interior es imprescindible para oír a Dios. Es la *“soledad sonora”* de la que hablaba el místico. Los más sabrosos diálogos con Dios acontecen en el fondo de nosotros mismos en la soledad y el silencio.

5 – La BIBLIA es el libro sagrado que resume toda la Palabra de Dios. Es el mismo Jesús, el Verbo encarnado. Aquí sí que Dios nos habla con palabras. Escuchar atentamente los textos bíblicos y la traducción permanente que hace de ellos la Iglesia

mediante su magisterio, es garantía segura de estar escuchando a Dios. Y, sobre todo, cuando resuena oficialmente en la liturgia cristiana, en la eucaristía dominical.

No podemos decir, Marina, que Dios esté en silencio. Nos habla continuamente. Otra cosa será que nosotros le prestemos atención y seamos obedientes. Muchas veces ocurre que no nos queremos enterar. Una pena. Se sigue cumpliendo lo que dice San Juan: *“La Palabra vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron”*.

Si alguna vez, Marina, después de poner todos estos medios para escuchar al Señor, no terminas de “comprender” su Palabra, es que necesitas la ayuda de un PROFETA. Sí, un hombre, o mujer, de Dios que personalmente te ayude a distinguir la voz de Dios en medio de tanta palabra humana. La ayuda de profetas es imprescindible, en la mayoría de los casos, para obedecer fielmente la voluntad del Señor.

Búscate un profeta, Marina, un director espiritual y acabarás escuchando a Dios. Jesús, la Palabra encarnada, está deseando comunicarse contigo. No te dejes ahogar en este mar de palabras y palabras. Sálvate agarrándote a la Palabra.

Que Dios te bendiga

Florentino Gutiérrez. Párroco  
Alba de Tormes, 4 de diciembre de 1994